

## **Hacia una redescrición textual de la memoria**

### **Towards a Textual Redescription of Memory**

*A Marisa González de Oleaga*

Pedro Piedras Monroy  
Doctor en Geografía e Historia  
(Universidad Santiago de Compostela) y traductor  
pedropiedras@hotmail.com

#### **Abstract**

This enquiry is set out from the double condition of observer of the past from the perspective of the theory of history field, and of inheritor of a repressed family memory. It attempts to demonstrate the shortages in terms of narratives, particularly historiographical narratives, in giving account of what is treasured in people's memories, and propose some premises to develop a new form of narrative capable of consigning these remembrances.

#### **Resumen**

Esta investigación se plantea desde una doble condición: la del observador del pasado desde la teoría de la historia, y la del heredero de la memoria de una familia represaliada. En ella, se pretende mostrar lo insuficiente del relato histórico a la hora de dar cuenta de aquello que se guarda en el recuerdo de la gente y, al mismo tiempo, de proponer algunas premisas para una desarrollar una forma nueva de relato capaz de consignar tales recuerdos desde el texto.

#### **Key Words**

Memory, Spanish Civil War, genocide, voices of the victims.

#### **Palabras clave**

Memoria, Guerra Civil Española, genocidio, voces de las víctimas.

## **Introducción**

El profesional de la historia, por un lado, y la persona que recuerda, por otro, coinciden en que ambos vuelven su mirada al pasado tratando de evocar un tiempo desaparecido. En todo caso, ni las razones de esa vuelta atrás ni los medios empleados para la misma se parecen demasiado. El historiador se encamina a un momento del ayer con el que solo excepcionalmente tiene alguna relación personal o afectiva mientras que en quien recuerda es muy frecuente proyectarse sobre todo aquello que está relacionado de forma íntima con él mismo.

El historiador cuenta con una metodología, con unas herramientas, para sustanciar su acercamiento al pasado, que se fundará ante todo en la lectura e interpretación de documentos, sean éstos del tipo que sean. Esto es así porque la historia es una disciplina intelectual que se atribuye el carácter de ciencia social. Por su parte, la persona que recuerda no lo hace como profesional del recuerdo ni su memoria es ninguna clase de disciplina que haya de contar con una metodología fija. Ni siquiera los documentos juegan un papel primordial en el proceso de la memoria, aunque es cierto que también pueden concurrir al mismo.

La historia, como resultado objetivado de un trabajo disciplinar de orden científico-social, trata de mostrarse socialmente como un producto verdadero. La memoria también apela a la verdad como su valor fundamental aunque su verdad no pueda fundamentarse en ninguna demostración ni en ninguna objetividad por cuanto la memoria es en esencia subjetiva.

El profesional de la historia plasma casi siempre el resultado de su trabajo de investigación en un texto, mientras que la persona que recuerda plasmará textualmente el flujo de sus recuerdos tan solo de modo excepcional y por razones ajenas al propio proceso del recuerdo, aun cuando su texto sea en el fondo una manera más de recordar. La forma del texto que recoge el relato del historiador admite pocas variaciones. Pese a eso, dicho relato podrá variar en razón del campo de análisis en el que se sitúa el discurso de cada autor y no tanto en razón de la corriente analítica en la que se inscriba. Cambiará el sujeto de su relato o el énfasis que se ponga en las partes o en el todo, pero formalmente las variaciones serán escasas. Sin duda, encontraremos cierta diversidad formal si comparamos textos de historia económica con textos de historia médica o de historia de las mentalidades; sin embargo, no encontraremos tanta diferencia formal entre un texto de historia económica marxista y uno de orientación liberal. La memoria, en cambio, por su carácter no disciplinar producirá textos de muy diversa naturaleza en cuanto a su forma. Encontraremos relatos de la memoria en forma literaria, en forma de ficción, de informe, de lista, de monumento, de poema, de obra de arte...

Esa diversidad del texto de la memoria lo hace irreductible al relato histórico. Es verdad que a veces la narración de un recuerdo puede tomar una forma semejante a la de un texto de historia, pero a menudo la coincidencia es solo circunstancial. Cuando analizamos uno y otro, el saldo en cuanto a orden, rigor, análisis y certeza práctica es, sin duda, abrumadoramente favorable al de la historia. Sin embargo, ello no menoscaba la importancia del relato de la memoria ni permite la suplantación de la memoria por la historia ni la identificación de ambas. El texto de la memoria adquirirá además una importancia especial cuando se refiera a circunstancias o períodos problemáticos en los que la maquinaria del historiador tiene serios problemas para ponerse en

funcionamiento. Las coyunturas de represión o genocidio, que suelen ir aparejadas a políticas que amparan la ocultación de rastros o a regímenes de larga duración que refuerzan las políticas de olvido resultan especialmente significadas a la hora de dotar de valor al texto de la memoria.

Considerar que los textos de la memoria han de funcionar como documentos vicarios del único texto posible sobre el pasado que es la historia resulta a la vez una torpeza y un empobrecimiento. El relato textual de la memoria aporta no solo una información sobre el pasado sino también un *pathos* que apela a un conocimiento no exclusivamente analítico sino a uno más global, que se adquiere a través de los sentimientos. El relato textual de la memoria ha de tender a huir de la discursividad – rasgo emblemático de la historia– y a adentrarse en el mar proceloso de la metáfora. El texto de la memoria no pretende el establecimiento pormenorizado de una secuencia de acontecimientos demostrables a través del análisis de fuentes documentales fiables sino la expresión autónoma de experiencias generalmente ocluidas en el relato histórico, que aportan un plus de información sobre el pasado que, por lo general, la historia no puede dar.

Este artículo pretende describir algunos rasgos de la insuficiencia del relato histórico para aquéllos que se consideran herederos de la memoria del horror. Al mismo tiempo, propone algunas ideas sobre las características que habría de tener una nueva forma de escritura de la memoria para aspirar a convertirse en un texto sólido que si bien no estaría llamado a ocupar el terreno de la historia sí que lo estaría a inaugurar un nuevo terreno ético dentro del universo del conocimiento.

### Los ángulos del recuerdo

El 16 de noviembre de 2013, mi tío Juan Antonio, me envió un nuevo email y, en archivo adjunto, escaneada, una imagen antigua que perteneció a mi abuela Elvira pero que, sin embargo, a mí me resultaba del todo desconocida. Lo pobre y lo borroso de la copia la hacía incomprensible.



Fuente: propiedad de la familia Piedras.

En sí misma, la imagen no dice mucho. Tierra removida. Flores sobre esa tierra. Un viejo grupo de gente cabizbaja... cuatro niñas, once mujeres y un par de viejos miran al fotógrafo, que pareciera separado del grupo por un abismo.

Tan solo un poco de información hace que el conjunto cobre un sentido pleno. Es el 22 de octubre de 1936. Esa mañana han fusilado en el Campo de San Isidro (Valladolid) a Isauro Pérez García, a Juan Zarzuelo Pérez, a Ángel Zarzuelo Calleja, a Sebastián Calleja Bay, a Lorenzo Hidalgo San José, a Cireneo Díez Macías y a David Colodrón López. Siete personas, todas del mismo pueblo vallisoletano, Nava del Rey, que fueron asesinadas junto a tres compañeros más: Arturo Rojo Mofardi, Anastasio Sánchez Blanco y José Silva Marfanets...

En los cuatro días siguientes, asesinarían en el mismo lugar aún a otros 35 navarreses.

No parece muy aventurado pensar que esas personas que aparecen en la foto fueran los familiares de los fusilados en esa aciaga jornada. Entre ellas, se encuentra mi abuela, Elvira Hidalgo San José (a continuación, la señalo con un círculo). Acaban de matar a su hermano del alma, Lorenzo, que deja tres huérfanos: Tinín, Aurora y Lorenzo (Tito).



Fuente: propiedad de la familia Piedras.

La familiaridad con la que mi abuela se sitúa entre el resto de las mujeres del grupo parece dar cuenta de su cercanía afectiva con ellas.

Ahora bien, ¿por qué se hizo esa foto? Hablar de esto es, sin duda, entrar en el campo de la especulación. Es obvio que, en 1936, los pobres diablos no portaban cámaras consigo. ¿Se acostumbraba a hacer fotografías de familiares en las fosas

comunes? ¿De dónde salía el fotógrafo? Se supone que haría copias para los que allí aparecían... ¿Qué interés podría haber en fotografiar aquello? ¿Cuál era el centro de la foto: la gente y su dolor o la tierra removida? ¿Hay alguna explicación funcional antes de iniciar una investigación psicohistórica de esta imagen?<sup>1</sup>

[Pobre, mi abuela... Ese momento capturado delata su delgadez y su sufrimiento... Su rostro turbio no parece reflejar tanto dolor o abatimiento como oscuridad. Ese preciso día, ese preciso instante, se condensaba el horror de los últimos meses de detenciones y asesinatos. Su expresión parece la antesala de lo que iba a ser una vida de odio y de resentimiento, que a menudo la convertiría en alguien intratable. Me viene a la mente el Anakin Skywalker que acaba de perder a su madre y se encuentra en el trance del paso al lado oscuro... mi pobre abuela...]<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> En todo caso, da la sensación de que esta gente (lo mismo que las mujeres que llevaban meriendas a sus maridos o hermanos a las cárceles) no tenía tanto miedo... y se exhibía públicamente al escarnio y la agresión de los represores. Parece también que era mucho lo que les importaba conservar un punto de anclaje con ese pasado que se les iba...

<sup>2</sup> Compárese con esa otra foto tan solo unos años anterior...



Fuente: propiedad de la familia Piedras.

No puedo responder a por qué se hizo esa foto ni a cómo se distribuyó. Ahora bien, una explicación muy sencilla de por qué quiso y guardó mi abuela esta imagen sería la de que quería tener una “prueba” de que su hermano Lorenzo había sido fusilado junto a otros, cuyos familiares serían aquéllos que aparecían allí en torno.

De la muerte del padre de su hijo Pedro no tendría pruebas hasta que unos compañeros de aquél, del Centro de Reclutas de Malpartida, de vuelta a Toro, pasaron por su casa para devolverla los efectos personales de mi abuelo... unas fotos, otra vez... Hasta entonces, tan solo había recibido una carta de las autoridades militares. Recuerdo el día en que me enseñó ese documento en el que se decía que mi abuelo había muerto “Por Dios y por la Patria”... Otro papel que, pese a su mendacidad, ella conservaba como reliquia de un pasado silenciado y desaparecido. Había vivido, había sufrido y tenía pruebas de su sufrimiento.



Todos sabemos que el asesinato de su hermano Lorenzo le heló el corazón. De hecho, ella que siempre se aferró a las fotografías como a una desesperada tabla de salvación de su vida pasada... [“Mi alma en fotografías y azucenas...” decía el poeta...]. Dejó ordenado que cuando la enterraran, sobre su cadáver pusieran una foto-retrato que durante años estuvo colgada de las paredes de su casa de la calle Pozo Viejo, en la que aparecía Lorenzo, su hermano fusilado, y Sixto, su hermano muerto de pena poco después, ambos con el traje del ejército de África. ¡Y así ocurrió aquel triste día de su entierro en el año 2000!<sup>3</sup> Cuando cerraron la caja, esos fueron los tres rostros que nos despidieron a todos.



Sixto Hidalgo San José y Lorenzo Hidalgo San José  
Fuente: propiedad de la familia Piedras.

En realidad, resulta sorprendente la forma en la que proyectamos nuestra alma en los objetos... De mi abuelo, su primera pareja, la abuela Elvira me legó, poco antes de morir, un pañuelo blanco de seda, que aún conservo, con el que él solía aparecer en muchas de sus fotos...

---

<sup>3</sup> Aquéllos que ven todo esto como “viejas historias” tienen dificultades, en primer lugar, para darse cuenta de la cercanía temporal de estos acontecimientos y, en segundo lugar, para entender la intensidad con la que los seres humanos vivimos los traumas familiares.



Fuente: propiedad de la familia Piedras.

Pero volvamos a la fotografía de la fosa común. Si bien la imagen funcionaba como prueba tangible que le devolvería a cualquier observador el significado de lo ocurrido, necesitaba, no obstante, el apoyo del relato para poder ser “leída”. Sin él, la fotografía sería indescifrable. De hecho, cuando mi tío Juan Antonio me la envió, tan solo unas esquirlas de recuerdo mantenían ya unidas en la memoria a la fotografía con su aciago relato. Estas fueron las palabras que adjuntó mi tío Juan, aquel 16 de noviembre de 2013:

Esta es una fotografía en la fosa común donde enterraron al tío Lorenzo Hidalgo San José. La abuela Elvira es una de esas personas. La fotografía original es muy pequeña y ni ampliando, soy capaz de identificarla.

Si no me confunde la memoria, está hecha el mismo día de su fusilamiento.

Tampoco sé si uno de los hombres es mi abuelo Gonzalo. Sé que estuvo con la abuela y el tío en la Cárcel Vieja antes de asesinarle.

Ya ves, revolviendo los recuerdos, sin querer, o queriendo, nos hacemos pequeños. Besos.

En el límite del tiempo, esta fotografía ha recuperado su significado gracias al relato... un relato que reverbera hoy en los que lo recibimos y somos diferentes a hace unos años; reverbera en los relatos de mi *Siega del Olvido* y en otros que se me han cruzado desde entonces. Por eso, su sonido es nuevo.

Ese relato, sin embargo, aunque habla de acontecimientos del pasado, no encuentra fácil acomodo en el relato histórico; tampoco seguramente en el literario, aunque la tragedia sería digna de una epopeya; ni en el sociológico, aunque habla de comportamientos sociales; ni en el filosófico, aunque se refiere al tiempo y al espacio; ni en el político, aunque en el fondo resulta de una lucha feroz por el poder; ni en el psicológico, aunque habla del trauma... La imagen encontraría acomodo en el reconocimiento, en la identidad, en la memoria y en su inexorable destino formal; en



definitiva, en un relato a la vez viejo y nuevo que carece no obstante de un molde formal fijo en el que verterse.

¿Cómo contar los relatos de un pasado que todavía no ha dejado de pertenecer a nuestra vertiente íntima? ¿Cómo vincular esos relatos personales con los que afectan a toda la sociedad? ¿Cómo contar los relatos de un pasado en el que todavía podemos intervenir?

### De ojos e historias

Mientras tomábamos un café en La Mallorquina, en la Plaza de Sol, Marisa me decía que el azar solo se precipita cuando existe un campo abonado para que lo haga. Lo decía por mi insistencia en que buena parte de lo que había acudido a mi mente y de lo que había caído en mis manos en relación con la represión de mi familia, había sido obra del azar. La magdalena de Proust, es verdad, flotaba sobre el agua de un vaso que rebosaba recuerdos; sin esa sobreabundancia jamás hubiera desatado nada. Claro que Marisa tenía razón. Y sin embargo, también resultaba azaroso el hecho de tener que comer ese día precisamente una magdalena mojada en tila.

La memoria se desata, a menudo por azar. El azar puede tener forma de magdalena o puede ser una foto imposible de un grupo de familiares en una fosa común.

La memoria se desata – sí – como en Proust, pero también se fija. Cada nuevo elemento que concurre nos permite ir perfilando la base de nuestros recuerdos más o menos incompletos, más o menos caóticos. La mente alerta recoge y decodifica estímulos y no solo llora, también es capaz de discriminar y de abrirse a la crítica. Los estímulos de la memoria acaban transformándose en un elemento de intervención.

La sensibilidad de la memoria de un acontecimiento nos provoca también la reacción cuando desde el recuerdo tenemos algo que oponer al relato que se nos ofrece.

Cuando hace años leía *Víctimas de la Guerra Civil*,<sup>4</sup> coordinado por Santos Juliá, - esto lo digo ya en *La Siega del Olvido* -<sup>5</sup> viví una especie de epifanía.



En aquel libro tan importante, tan alabado, aparecía el escenario del asesinato de mi abuelo, de su fusilamiento... allí, unas páginas después del asesinato de - por ejemplo -

---

<sup>4</sup> Santos Juliá (coord.), *Víctimas de la Guerra Civil*, (Madrid: Temas de Hoy, 1999).

<sup>5</sup> Pedro Piedras Monroy, *La Siega del Olvido. Memoria y Presencia de la Represión* (Madrid: Akal, 2012).

García Lorca, pero en su caso – o en el de sus compañeros - sin nombre, oculto... solo formando parte de un número frío y distante, igual a otros... un número sin ojos...

Son tantos los relatos posibles y las energías asociadas a los nombres propios... Lorca o Jesucristo, al margen de su poesía o de su doctrina son también sus historias, unas historias que se asocian al nombre propio pero que habrían desaparecido en el número si carecieran de nombre. Los nombres propios tienen ojos y comparten la vida del resto de los seres humanos.



Mi abuelo y su destino trágico quedaban en aquella obra laureada convertidos en un número a duras penas reciclable en una historia... y casi solo reciclable en un porcentaje... en un diagrama de quesitos...

Solo esto ya debería avisarnos sobre algunas de las distancias insalvables que se abren entre historia y memoria. La queja desgarrada del Shylock de Shakespeare late desde algún rincón profundo:



Fuente: propiedad de la familia Piedras.

“Soy un judío. ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no se alimenta de la misma comida, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un

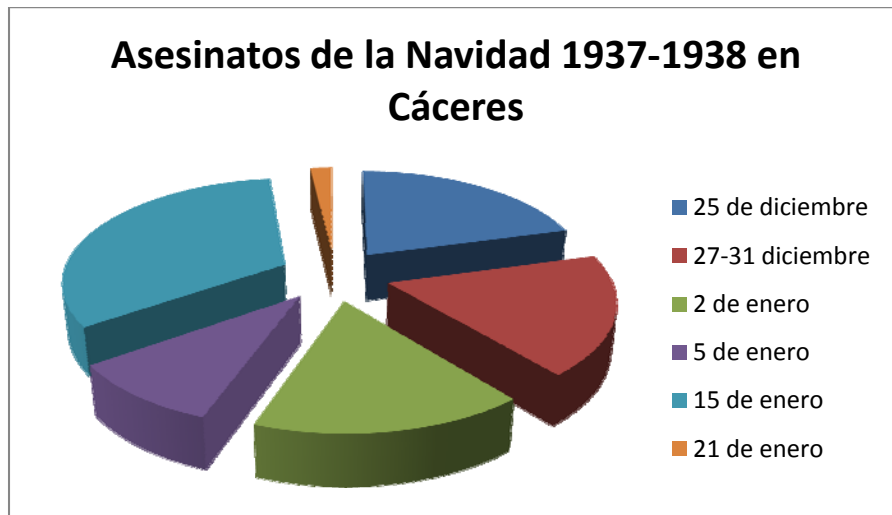
cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no nos reímos?, Si nos envenenáis, ¿acaso no morimos?”<sup>6</sup>

Lo que leí en las páginas de *Víctimas de la Guerra Civil* fue esto:

Durante el mes de enero de 1938, las ejecuciones [en Cáceres], lejos de remitir, aumentaron considerablemente. En los primeros 21 días de este mes, la cifra de fusilados fue de 132, el doble de los fusilados en el mes de diciembre. El día 2 de enero fueron pasadas por las armas 27 personas, entre ellas 24 soldados de la Agrupación de Reclutas de Malpartida de Cáceres, 15 de los cuales eran de Valladolid.

(*Víctimas de la Guerra Civil*, 192)

El baile de esos números y de los que vienen a continuación en el relato, podría animarnos a expresarlo en un aseado diagrama de quesitos:



(*Parole d'amore...*) *La nostra storia in quattro pagine...* El experimento resulta verdaderamente deprimente. ¡Qué espanto ver descrito aquel horror en la forma de un diagrama de quesitos! ¡Qué espanto recordar a mis abuelos, a mis amigos y pensar que han de buscar las tragedias de sus familias en los colorines de un diagrama! ¡Qué conclusiones más espurias a partir de esos datos...! Hoy mataron a 3 menos que ayer... mañana a 4 más que el día anterior! A partir de ahí, se puede establecer no-sé-qué lógica homicida... semejante tal vez a los cálculos que hacían los ludópatas en las ruletas de *El Jugador* de Dostoyevskii...<sup>7</sup>

Los números hablan de la cantidad y la cantidad no siempre dice cosas. Cuando –como en este caso– ni siquiera son exactos, queda siempre la misma sensación que uno tiene con los adjetivos o los adverbios de cantidad... más borrosos pero no mucho más

<sup>6</sup> William Shakespeare, *El Mercader de Venecia / La Tragedia de Mácbeth* (Madrid: Austral, 1982), 52-53.

<sup>7</sup> Fiodor Dostoyevskii, *El jugador* (Madrid: Alianza, 2011).

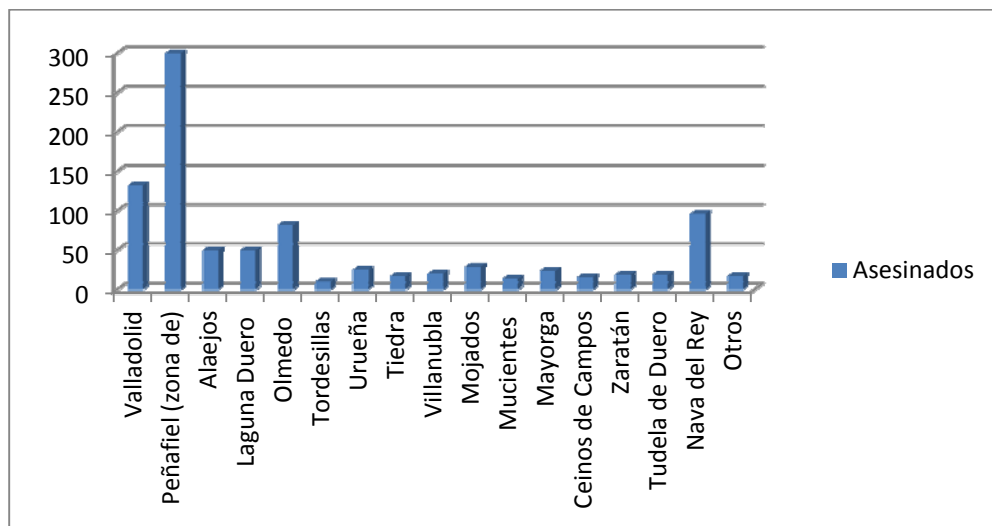
expresivos como conclusión (se supone) exhaustiva: *Mucho... muchos... pocos... poco... poca... más... menos...*

Poco después de aquella lectura de la obra coordinada por Juliá, quise acercarme algo más al objetivo. Encontré, por ejemplo, un libro titulado *Amaneceres ensangrentados*;<sup>8</sup> una obra que habla de la época de la guerra en Valladolid... Allí aparecía de nuevo mi familia como número. Lo decisivo aquí era de nuevo *cuántos* eran los muertos... el paisaje del relato se objetivaba en unas tablas de muertos que venían a centrar un repaso por los acontecimientos en las localidades de la provincia, a partir de información de hemeroteca, léase, la información servida por los periódicos afines a los golpistas pero con muy poco *cepillado a contrapelo*, como le hubiera recomendado Walter Benjamin al autor.<sup>9</sup> Ese relato de los acontecimientos, incompleto, sesgado y confuso operaba en cambio como el cemento necesario que adornaba los números:

Localidad tal (número de muertos) + relato en la prensa golpista = historia (= memoria)

Los que no habían muerto, los que pasaron años en la cárcel, los que volvieron inútiles, enfermos, los que hubieron de huir o emigrar, los que vivieron una vida arruinada de exclusión, por otro lado, tenían muy poco sitio, casi nada.

He pasado sucintamente datos de este nuevo libro a la monstruosidad de otro gráfico que podría titularse, por ejemplo, “Represión franquista en Valladolid por localidades”. ¡Qué desazón imaginarse el horror de una provincia entera distribuido en forma de barritas de Kit-kat! [A lo mejor a alguien le parece normal... para mí, en cambio, tratar de mirar a tantas historias familiares y encontrarme con esto me resulta aniquilador...].



<sup>8</sup> Ignacio Martín Jiménez, *La Guerra Civil en Valladolid (1936-1939). Amaneceres ensangrentados*, (Valladolid: Ámbito, 2000).

<sup>9</sup> Walter Benjamin, *Sprache und Geschichte. Philosophische Essays*, (Stuttgart: Reclam, 1992).

¡Mayor desazón provoca aún comprobar que los datos no están refinados o que sin siquiera haber hecho un estudio cuantitativo serio se percibe que faltan pueblos con asesinados y que otros, como Alaejos, aparecen en la misma tabla, una vez con 50 muertos, otra con 4! ¡O que en el recuento de los muertos en Nava del Rey, por errata solo quedaron 6, en lugar de 96...!

[A través de estos relatos no solo parece imposible entender lo que significa el recuerdo del horror sino que lo parece hasta el mero ejercicio del trabajo del historiador, a saber, dar cuenta del pasado con honestidad, precisión y equilibrio.]

Pasé luego bastante tiempo esperando que en algún libro se reflejara lo que había ocurrido en el pueblo de mis padres... Cuando cayó en mis manos *El Holocausto Español*, de Paul Preston,<sup>10</sup> por ejemplo, fui de inmediato a buscar al índice *Nava del Rey*... pero no aparecía. En ninguna parte, se decía nada. Tal vez es que casi 100 asesinatos en un pueblo perdido no es una cantidad reseñable. Desde luego, de los más de 130 encarcelados de larga duración que hubo solo en esa localidad, nadie se acordó nunca. Bueno sí... los hay que aparecen en el libro de Rilova Pérez, *Guerra Civil y Violencia Política en Burgos*...<sup>11</sup> en las listas oficiales franquistas de encarcelados... No obstante, es frecuente que algunos que murieron apaleados aparezcan como muertos por tuberculosis... De hecho, allá donde los cuadernos de mi tío Ángel Piedras<sup>12</sup> refieren alguna muerte en el penal de Burgos, desmienten siempre lo que ahí aparece como dato oficial.

Nadie entienda en mis palabras un ajuste de cuentas con una disciplina (la historia) de la que me siento parte. Decía Theodor Adorno, que la única forma de ser fiel a una tradición es violentarla. Como me importa la historia, quiero plantear los límites de la misma la hora de hablar de ciertas cosas y me parece importante denunciar la gratuidad con la que se desdeña o se usurpa el relato de la memoria; un relato que ya no puede limitarse a ser un contar los recuerdos directos o indirectos sino otra cosa que trataré de definir en este trabajo. Quizás a los ojos de un académico, da igual de qué haya muerto este preso o aquél... a lo sumo podrá hacerse una estadística de decesos en el Penal de Burgos por avitaminosis (*c'est à dire*, hambre) o por tuberculosis... aunque en realidad no pase de ser una lista de cuántas muertes atribuían los franquistas a tales males... Ahora bien, a los ojos de una hija, de un sobrino o de un nieto, esos datos forman parte de lo más íntimo de su vida pues muchas veces han marcado su destino y su identidad. Para entender esto, valdría la pena volver sobre los planteamientos de Peter Weiss en su *Meine Ortschaft*.<sup>13</sup>

Nuestros ojos pasan de las grandes cuestiones históricas de Yagües y Molas y Miajas, a estudios generales en los que nuestros familiares son números o nombres perdidos sin contexto en interminables listas de gruesos manuales... y cuando parece que los historiadores bajan al nivel más cercano, más próximo, nos encontramos con el aprendiz de historiador, con el aficionado, con los brochazos y con el descuido. Algo hay en todo esto que no acaba de funcionar, creo yo.

---

<sup>10</sup> Paul Preston, *El Holocausto Español* (Madrid: Debate, 2011).

<sup>11</sup> Isaac Rilova Pérez, *Guerra Civil y Violencia Política en Burgos (1936-1943)* (Burgos: Dosssoles, 2001.)

<sup>12</sup> Pedro Piedras, *La Siega*, 130-208.

<sup>13</sup> Peter Weiss, "Meine Ortschaft" en *Aufsätze Journale Arbeitspunkte* (Berlín: Henschelverlag, 1979), 87-96.

Ante estas constataciones, ¿cuál es la postura a tomar – no ya por parte de un ciudadano sino también por parte de un historiador –? ¿Hay que pensar que todo está bien? ¿Hay que pensar que la historia ha cumplido con su papel y que sigue siendo el único discurso capaz de hablar del pasado con patente de corso? ¿Hay que pensar que tan solo estamos a falta de la monografía concreta que hable del caso concreto? ¿Hay que ser optimistas y pensar que estas carencias lo único que demuestran es que queda aún campo para investigar? Pero ¿quién es el destinatario de estos relatos: la academia o la sociedad? ¿Y en qué términos? No puede decirse que la destinataria es la sociedad y ofrecerle su pasado en ampulosos manuales cuyos protagonistas son las cifras.<sup>14</sup> ¿Les serviría de veras a tantas ancianas, ancianos, hijos y nietos de Nava del Rey, por ejemplo, una gran monografía histórica de mil páginas sobre la guerra allí? ¿Qué guerra? ¿Qué historia? ¿Diagramas de quesitos, barritas de Kit-kat y montañas de números...?

Sin duda, los historiadores habrían de dar alguna explicación... aunque en efecto, podrá replicarse que ya la han dado. Como he señalado en otras partes,<sup>15</sup> hay quien ha planteado que las *verdades sobre el tema* habían sido expuestas por los historiadores desde el comienzo de la Transición y que ahora hijos y nietos – como yo – se creen descubriendo América cuando describen aquel dolor como algo nuevo... todo aquello está ya investigado desde hace mucho y “las preguntas más relevantes están resueltas”.<sup>16</sup> Algún otro ha llegado a decir que si, a estas alturas, la gente – como yo – empezaba a acercarse a la guerra y a la represión y a indignarse por causa de ellas era por pura ignorancia... en especial, ignorancia de todo lo que hacía ya decenios habían estudiado los historiadores (con sus diagramas de quesitos y sus barritas de kit-kat).<sup>17</sup>

Si los historiadores relevantes, en teoría más sensibles y cercanos, se quejan y se defienden de lo que pedimos los familiares, argumentando de ese modo, personalmente me considero en el derecho de objetar al menos tres cosas: 1) Mi problema no está resuelto, puesto que los relatos históricos que hablaban del sufrimiento que a mí me resultaba más cercano no existían... el genocidio en Nava del Rey ni siquiera se había considerado un tema histórico relevante; 2) Es inaceptable que los “profesionales de la historia” consideren además que es ya muy poco lo que puede decirse sobre el tema... ; y 3) que después de todo, en España, la cuestión se encuentra ahora en una fase nueva y más compleja en la que la insatisfacción en torno a este asunto continúa, y los propios familiares empezamos a mirar circunspectos, no ya a la *magna caterva* de políticos infames y de personajes desalmados que se burlan de nuestro dolor y que no merecen ni ser nombrados, sino también a algunos enfoques de las asociaciones para la recuperación de la memoria histórica (demasiado preocupadas por la prensa y por la cercanía a los políticos) y, sobre todo, a tanto partido aprovechado.

---

<sup>14</sup> A menudo se afirma que la destinataria es la sociedad, pero no a través directamente de los libros de historia, sino a través de su simplificación en los libros de texto... el problema es que en un país como España en el que no hay acuerdo posible en torno a una ley educativa, en el que los manuales escolares están sesgados política e ideológicamente por los partidos y las líneas editoriales, y en el que no hay un consenso respecto al tratamiento a dar no ya a la represión franquista sino ni siquiera al franquismo... ¿es realista plantear a la educación como una solución?

<sup>15</sup> Por ejemplo, en “Verdad sin Ira. Repensar el silenciamiento del genocidio franquista” (Burdeos: en prensa).

<sup>16</sup> Casanova, J., «Sin archivos, no hay historia», *El País* (Madrid), 14 de septiembre de 2006. En [http://www.elpais.com/articulo/opinion/archivos/hay/historia/elpepiopi/20060914elpepiopi\\_5/Tes](http://www.elpais.com/articulo/opinion/archivos/hay/historia/elpepiopi/20060914elpepiopi_5/Tes) [consulta: 15 de octubre de 2014].

<sup>17</sup> Santos Juliá (dir.), *Memoria de la Guerra y del Franquismo*, (Madrid: Taurus, 2006), 21.



Si acaso no era suficiente, algún historiador que – como los anteriores – me merece mucho respeto, todavía llegará a sentenciar que “la memoria individual no es ni puede constituir una base sólida para reconstruir el pasado. Cuando más, aspectos parciales...”<sup>18</sup>

Todo ello me sugiere una primera conclusión: por mucho que se intente, *los problemas que plantea la narración de la memoria no pueden ser resueltos por la historia ni por los historiadores*. No es en realidad un problema de la historia ni de los historiadores el no ser lo que no pueden ser... aunque quizás sí que lo sea el que tales historiadores no sean conscientes de esto.

El flujo de información, conocimiento, sentimientos o cuestionamientos que se plantean desde la memoria de los ciudadanos que aún viven/vivimos necesita con urgencia un nuevo molde textual sobre el que verterse porque la historia no es capaz de dar cuenta – en su frío discurso estandarizado – de realidades mucho más cercanas y “calientes” que rehúsan del papel secundario que les ofrece Clío y aspiran a ocupar un lugar nuevo en el seno de la sociedad.

Las historias que yo había recibido como heredero de la tradición de los apaleados de mi familia, las situaciones que había visto y conocía, los lugares, los tiempos, los nombres... me sugerían explicaciones alternativas, por ejemplo, sobre el silencio, el olvido o la culpa, que nada tenían que ver con las esgrimidas por los especialistas de la academia. Las historias de las que daban cuenta los historiadores del siglo XX español, como la del resto de geografías, se vehiculaban a través de una herramienta que a duras penas podía dar cuenta de lo que el momento podía demandar.

Desde la Segunda Guerra Mundial (aunque en España muy especialmente desde los años 80 del siglo XX para acá) se dan distintos factores que han de ser reconocidos para entender el menoscabo del territorio del historiador del siglo XX en adelante: 1) la alfabetización casi universal en Occidente y el consiguiente acceso masivo de un público no especializado a los contenidos, sean materiales publicados ya en formato impreso o audiovisual; 2) la multiplicación de los registros formales de la información sobre el pasado; y 3) la diversificación de los canales de distribución de la información. Todos estos factores hacen que el orden textual anterior haya quedado trastornado. La historia impera aún en un pasado que ya no se recuerda a nivel social, es decir, en un pasado del que los individuos no guardan ni memoria directa (obviamente) ni memoria vicaria o tradición, por una mera cuestión de lejanía temporal. Sobre ese pasado, no cabe la intervención. Así, el siglo XIX, el XVI o la Edad Media se circunscriben de forma natural al ámbito del estudio histórico. Pero este pasado cercano, marcado por los traumas del último siglo, de los que una sociedad instruida puede dar cuenta de forma autónoma, es y será en adelante un objeto de intervención constante por parte de la sociedad. Es más, lo ingente de la información registrada, incluso en archivos de particulares, está generando una memoria digital, de base tecnológica, hoy accesible de

---

<sup>18</sup> Ángel Viñas, “Recuperación de la historia y memoria histórica”. Conferencia plenaria de Ángel Viñas en el IV Congreso Internacional Historia a Debate. Santiago de Compostela, 17 de diciembre de 2010. En <http://www.youtube.com/watch?v=-9d3yyNBAw> (min. 3’18) [consulta: 15 de octubre de 2014].

forma universal, que va a transportar esta situación al futuro, salvo catástrofe natural o política.

En los últimos veinte años, se ha asistido con claridad a un fenómeno nuevo en el que el individuo particular ha empezado a referir su versión particular del pasado, del pasado que más le importa que es el suyo propio y el de su familia; también el de su pueblo, su región, su clase social, su estrato laboral o su opción política o sexual. Ello ha generado un ambiente de intervención pública en las cuestiones del pasado cercano; cobrando un relieve especial en lo que se refiere al pasado traumático.

Desgraciadamente, los historiadores españoles hemos demostrado poca imaginación a la hora de entender el flujo de información que tiene lugar en un caso tan extraordinario como el del genocidio desatado por el golpe militar franquista.

Cuando muchos historiadores afirman que ya hace tiempo habían contado todo lo ocurrido en el ámbito de la represión franquista (cosa que es mucho decir, puesto que no solo se trata del “qué” sino también del “cómo”) pero que la gente que ahora habla de “recuperar la memoria” ignoraba que eso estaba escrito... o cuando dan por cerrada la cuestión desde el lado textual (que es el que a ellos les compete), lo único que evidencian es la enorme distancia que hay entre la Historia y la vida. Lo que no reconocen estos historiadores es que la historiografía que estudió la Guerra Civil no desempeñó ningún papel social decisivo en esos años 70, 80, 90, ni después...<sup>19</sup> Desde la Transición, existieron los estudios pero no sirvieron para liberar los sentimientos o formar una opinión pública sobre el asunto. Sirvieron para que la academia tuviera constancia de las conclusiones a las que se iba llegando en este tema, para engrandecer los currícula de los que ya se estaban convirtiendo en “especialistas en la materia”, para transformar los combates y el exterminio en un tema de estudio histórico más (al lado, por ejemplo, de la hacienda de los Reyes Católicos o de la política agraria durante la Restauración) y – *last but not least* – para conformar un discurso canónico sobre la Guerra Civil cuyos límites solo podrán ser transgredidos desde la heterodoxia..., pero no sirvieron, en cambio, para que la ciudadanía asumiera o adquiriera un compromiso mayor. ¿Por qué? Aparte de por estar de facto fuera de los programas de estudios, creo que porque los propios historiadores reconocen que la historia no sirve para eso.

No voy a entrar aquí en lo timoratos de esos estudios ni en la suavidad de sus juicios ni en la sutil manipulación inherente a todo discurso histórico que mostraban sus textos, por cuanto eso ya se ha expuesto bastante bien en *La Guerra que nos han contado* de Jesús Izquierdo y Pablo Sánchez León.<sup>20</sup> Sí que diré que si el término que ahora usa Preston de *Holocausto* o el más homologado de *genocidio* se hubiera esgrimido en su momento para hablar de la barbarie franquista, a lo mejor todo el mundo hubiera entendido mejor algunas ideas. De hecho, durante mucho tiempo la ciudadanía contempló espeluznada el Holocausto (desde la serie de TV, a los documentales o películas al respecto) siendo completamente insensible al genocidio

---

<sup>19</sup> Es obvio que entre los factores que tuvieron que ver con la aparición de las políticas de la memoria a mediados de los 90, estuvieron, cuando menos los siguientes factores: 1) El comienzo del levantamiento de fosas, 2) la pérdida del poder del PSOE y su necesidad de encontrar una seña de identidad izquierdista, 3) la paulatina creación de un movimiento ciudadano asociada al levantamiento de las fosas, 4) el comienzo de la crítica a la ejemplaridad de la Transición Española, y 5) el cambio generacional.

<sup>20</sup> Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León, *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros* (Madrid: Alianza Editorial, 2006).

español... ¿Cómo entender esto si los historiadores habían hablado de ello?<sup>21</sup> A lo mejor, con un poco más de claridad, de insistencia o de valentía, ese miedo que lleva al silencio... esa vergüenza que lleva a la negación, se habría mitigado bastante... A lo mejor, la historia hubiera ido por delante de la realidad y hubiera protagonizado una intervención al servicio de los ciudadanos. Pero es que cuando, por ejemplo, en el volumen de 1985 (reeditado en 1989) *La Guerra Civil Española. 50 años después...* se habla de la masacre de Badajoz se dice: “La represión que siguió puso páginas de horror en la prensa de Europa.”<sup>22</sup>... Nada más... Parece justo pensar que como contribución a la memoria desde la historia, la afirmación resulta algo escasa.

Si bien son los historiadores los que parecen llamados a dar cuenta de la realidad del pasado, hoy da la sensación de que la historia como discurso y la historia como disciplina, en realidad, no son otra cosa que un elemento más del gran texto del pasado que se maneja. Mientras en la academia se piensa que todo residuo del pasado (y de modo muy especial los relatos de la memoria) ha de ser procesado por los *especialistas*,<sup>23</sup> fuera de ella ese extremo empieza a dejar de verse como una *necesidad intelectual*.

La historia –insisto– es un discurso frío y distanciado –de uno u otro modo sigue apelando a su cientificidad–, que oculta en lo que puede la carga de presente que se halla inscrita en su interior. Frente a ella, otros discursos como el de la memoria o los del cómic o la literatura son vívidos y están llenos de imágenes que no solo dan cuenta del pasado sino que convierten en accesibles unos sentimientos que han de sentirse como propios.

No voy a entrar aquí en la vieja encrucijada aristotélica que se abre entre historia y poesía, pero llegado a este punto sí que quiero apuntar algunas consideraciones intermedias: la memoria del genocidio y de la represión franquista ha de pretender, en mi opinión, mantener vivo el recuerdo de ese genocidio y de esa represión 1) perpetrados por unos asesinos, 2) cuyas víctimas fueron humilladas en públicamente por los genocidas o por los gobernantes puestos en el poder por dichos genocidas, 3) cuyas víctimas fueron silenciadas por una democracia tutelada por las fuerzas del régimen, amparadas por los genocidas, 4) y cuya reivindicación parte ante todo del esfuerzo y la acción de los familiares.

La historia trata de entender el pasado, trata de explicarlo, de ubicarlo y de darle un sentido. La memoria, en cambio, lo que pretende es conservar la llama viva de los que murieron o sufrieron, denunciar el olvido, preservar los nombres y la dignidad de aquéllos que sufrieron un exterminio y una represión cuya defensa o silenciamiento no tiene cabida en la vida democrática, ni como presente ni como pasado.<sup>24</sup>

---

<sup>21</sup> El ejemplo de la bibliografía, películas, documentales sobre Lorca es sintomático... el horror de la represión se sublima en la muerte de un poeta, pero se desdibuja la idea del feroz exterminio en Andalucía.

<sup>22</sup> Manuel Tuñón de Lara y otros, *La Guerra Civil Española. 50 años después* (Barcelona: Labor, 1985), 211.

<sup>23</sup> Así lo afirma el propio Julián Casanova o hasta la Ley de la Memoria Histórica.

<sup>24</sup> “Padres y familias enteras han guardado silencio sobre lo vivido, tal vez creyendo proteger a sus descendientes de las inclemencias de una memoria dura y poco compasiva. Sin darse cuenta de que el silencio de los padres se transforma en violencia en los hijos. Sin percatarse de que ese silencio, ese no querer saber lo que se sabe, y sobre todo, no querer transmitirlo, condena a los que vienen detrás a permanecer fuera de la historia. Los relatos de dolor y muerte que portan esas generaciones les permiten a

El objetivo de la historia es ante todo – diríamos – “científico”.

El objetivo de la memoria es ante todo “ético”.

## Nombres propios

Uno de los puntos esenciales de la memoria, muy particularmente de la que a mí me interesa reseñar (la memoria de la represión, la del horror), es sin duda el que gira en torno al nombre propio. La historia solo asume los nombres propios de forma restringida, en tanto en cuanto, representan a sujetos activos de la misma o relevantes para el discurso que se trata de representar. Federico García Lorca o Gonzalo Queipo de Llano son nombres plenos de sentido que han adquirido la dimensión de actores.<sup>25</sup> Es más, la historia, por sus propias dimensiones se ve abocada a distinguir entre las personas que merecen un nombre (y que desde ese momento se convierten en *personajes*) y aquellas que no lo merecen... por ejemplo, mi abuelo y los que murieron a su lado.

Los relatos de la memoria del horror se construyen en buena medida a partir de la irradiación que generan esos grandes desconocidos que son los nombres propios.

Como señala José Carlos Bermejo Barrera en su obra *Los Límites del Lenguaje*<sup>26</sup> (una de las pocas que presta atención a este tema tan escurridizo),

(28) (...) los nombres propios carecen de significado, es decir, no poseen referencia.

(29) Si los nombres propios poseyesen referencia se podría definir a las personas.

(30) Sin embargo, ello no es así; las personas no pueden ser definidas, sino descritas; por ello de un nombre propio solo se puede dar una descripción definida.

(31) Cuando realizamos una descripción definida de una persona, lo que hacemos es analizar la relación de esa persona con otras de sus contextos sociales e históricos: es hijo de..., padre..., vive en.... Por esa razón en la mayor parte de los sistemas onomásticos son esenciales los términos que describen las relaciones de parentesco, residencia y los roles sociales en general.

(32) La existencia y la posesión de un nombre propio no es una garantía de la identidad personal, como sostiene F. Borkenau, sino el instrumento clave de la inscripción del individuo en un grupo social.

(33) La posesión de un nombre propio, y el uso del mismo por parte de la comunidad de los hablantes a la que pertenece el poseedor del nombre es a la vez un instrumento clave del reconocimiento social y del control del individuo por parte de su grupo.

(34) La relación del individuo con su nombre propio es similar a la relación del hablante con el lenguaje. Cada individuo posee un nombre propio, pero a su vez es poseído, o dominado por él, en tanto que ese nombre puede ser la clave de su identidad social.

---

sus descendientes darle un tiempo y un espacio, una significación, a lo no dicho, a lo silenciado, porque como señala Jacques Hassoun «(una) derrota procesada tiene una posibilidad de transformarse, la derrota olvidada, eliminada con un gesto (...) tiene que volver a resurgir, más insoportable» (Marisa González de Oleaga, *En Primera Persona*, [Barcelona: NED, 2013], 33). También Jacques Hassoun, *Los Contrabandistas de la Memoria* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1996).

<sup>25</sup> También el Menocchio de Carlo Ginzburg, a partir de un planteamiento histórico diferente. Carlo Ginzburg, *El Queso y los Gusanos* (Barcelona: Muchnik, 1986).

<sup>26</sup> José Carlos Bermejo Barrera, *Los Límites del Lenguaje. Proposiciones y Categorías* (Madrid: Akal, 2011), 39-40.

El nombre propio, del padre, de la madre, del familiar, del amigo, del paisano... es uno de los principales puntos de anclaje de la memoria individual y uno de los bastiones de la misma que lo aferra a ese sustrato tan inasible que solemos denominar como *verdad*. Los relatos de la memoria atienden a la necesidad de llenar los continentes vacíos que son los nombres propios.



Fuente: imagen cedida por el fotógrafo Alberto Astudillo  
[https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es\\_ES](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es_ES).

El relato de la memoria que quiere dar cuenta del sufrimiento pasado y del horror nace de la voluntad de brindar esa “descripción definida” de la que hablaba Bermejo Barrera, que muestra la “vida y destino” de esos desconocidos. Ello se percibe con claridad en los cuadernos de mi tío Ángel Piedras, editados en *La Siega del Olvido*:

«Un compañero que se llamaba Florencio Gómez estaba incomunicado en una cocina. Se volvió loco y se quiso tirar por la ventana. Le echaron mano [pero] por detrás, con una chapa, se había cortado las venas...» (Del Cuaderno de Pedro Piedras; las cursivas son mías).

«A los pocos días, nos sacaron a declarar al cuartel. Allí había un cabo que pegaba sin piedad a un señor que se llamaba Vicente Rodríguez. Le dio una paliza [tal] que al poco tiempo murió.» (Del Cuaderno de Pedro Piedras; las cursivas son mías).

«Había un medio alemán – su padre era alemán y su madre española – [que] siempre llevaba el capote de falange pero estaba detenido sin saber por qué. Una noche, este discutió con un joven por la cama. Por la mañana, [el medio alemán] bajó a ayudantía diciendo que [el joven] no había dado las vivas reglamentarias. Le preguntaron que quién formaba a orilla de Fernando de Paz y dijo que Ángel Piedras. Me llaman y me preguntan: “¿Tú has oído dar las voces reglamentarias a Fernando de Paz?” [A lo que respondí:] “¡Pues sí que le he oído!” Y me dieron un pestorejazo y una patada en el culo y me echaron para el patio. A Fernando, le metieron en la celda [y] le dieron una paliza que le reventaron los dos pulmones. Este Fernando era de Tordesillas. [De todas formas,] el alemán murió a los tres días [y] todavía le vio morir Fernando.» (Del Cuaderno de Pedro Piedras).



«Un señor de unos 65 años llevaba un crucifijo al cuello y se lo patalearon; después le patalearon a él. A otro, que era joven y bajito le dijeron: “¡Tú eras piconero!” [Y] le dieron [tal] puñetazo en un ojo [que] creyó que se lo habían vaciado. Este joven se llamaba Félix Rodríguez Torres.» (Del Cuaderno de Pedro Piedras; las cursivas son mías).<sup>27</sup>

Al mismo tiempo, el nombre propio funciona como una sanción que remite a un pasado ocurrido que adquiere verosimilitud en el momento en el que aparece el nombre propio con toda su inmensa energía.

Los nombres, por lo demás, inscriben a los que recuerdan en su genealogía y son ese “instrumento clave de la inscripción del individuo en un grupo social” que decía Bermejo.

En el monolito a los represaliados de Nava del Rey, como en el memorial a los represaliados de Cáceres (e imagino que como en muchos otros), es muy frecuente hacerse una foto con el índice sobre el nombre del familiar.



Fuente: imagen cedida por el fotógrafo Alberto Astudillo  
[https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es\\_ES](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es_ES).

El momento más intenso de los actos de homenaje es precisamente aquél en el que se leen los nombres de todos los represaliados...

---

<sup>27</sup> Pedro Piedras, *La Siega*, 245.  
ISSN 2174-4289





Fuente: imagen cedida por el fotógrafo Alberto Astudillo  
[https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es\\_ES](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es_ES).

Apellidos que se repiten de forma consecutiva, nombres que aluden a familias completas destrozadas, a conocidos, a familiares de conocidos... el cuerpo social se reconoce en sus nombres; su catástrofe habla de la catástrofe comunitaria.

### **Una nueva memoria textual**

Es frecuente escuchar a herederos de los represaliados diciendo “quiero que se haga la historia de toda esta gente” o “también nuestros padres merecen un libro de historia”. Resulta paradójico que sigan viendo en la “historia” la posibilidad de redención social y humana de sus familiares represaliados; más aún porque a menudo la forma de entender ese concepto se halla más próxima a la crónica que a la historia. “¿Cuándo pasó qué cosa a quién?” Ése será el centro de sus búsquedas.

Sin embargo, allá donde se crucen con ella, una crónica día a día acrítica y sin interpretación les resulta inaceptable y problemática.<sup>28</sup>

En todo caso, el relato histórico les resulta a menudo decepcionante porque no habla directamente de ellos, porque es demasiado frío y porque se les hace complejo. De ese modo, suelen verlo como insuficiente, igual que me ocurrió a mí al leer aquel apartado de *Víctimas de la Guerra Civil*.

De mi experiencia con el colectivo de familiares de represaliados del que formo parte, entiendo que el tipo de texto de la memoria que se adapta a la indagación en lo

---

<sup>28</sup> Cuando los familiares leen, por ejemplo, las declaraciones de los detenidos en Nava del Rey, recogidas en la documentación obtenida del archivo de El Ferrol y descubren que los detenidos se acusan unos a otros, de forma muy poco heroica, se sienten decepcionados por sus antepasados, consideran esos documentos de algún modo falsos o buscan excusas para el comportamiento de aquéllos, en un evidente acto reflejo... como si alguien sobre el que pende la amenaza de la muerte hubiera de ser justificado o disculpado por algo...

fáctico y lo teórico de este problema ha de ser formalmente nuevo. Una *nueva memoria textual*, por definición diferente de la historia (aunque incorpore a la historia como un elemento integrante), diferente de la literatura en todas sus formas (aunque la incorpore también tanto en su despliegue como en su complejidad formal).<sup>29</sup>

La nueva memoria habrá de cimentarse sobre unas bases nuevas:

1. El autor aparece en ella como primera persona, deja de ser transparente y el relato se hace homodiegético, se habla en primera persona rompiendo una de las normas (no sé si no escritas) del relato historiográfico que es la heterodiegesis, o sea, que el autor elija las terceras personas para contar su relato. Solo desde la sinceridad del autor puede alcanzarse la clave de enganche con el público al que está dirigido.<sup>30</sup> La NMT ha de mostrar que la memoria es un proceso que parte del presente (del yo)... y así, ha de describir ese proceso.
2. La NMT busca la intervención en la sociedad que le rodea. Aleida Assmann y Linda Shortt plantean precisamente el potencial que tiene la memoria como agente de cambio.<sup>31</sup>
3. El destinatario no es el público académico sino la sociedad entera. Se dirige a todos y no solo a aquéllos que comparten ideas o métodos. Se abre, por tanto, al escrutinio de todos, académicos y no académicos, especialistas y no especialistas.
4. Tiene en cuenta la dimensión participativa del pasado cercano en el que se encastra.
5. No tiene forma definida sino que su verdadera fuerza residirá en la consecución formal... En ese sentido, sí que tendrá algo de búsqueda literaria, si se entiende por tal que el trabajo textual radical es siempre una forma de literatura.<sup>32</sup>
6. Es esencialmente teórica. Sus búsquedas no se satisfacen en los datos sino en su vertiente crítica y analítica.
7. Incorpora en sí además de relatos historiográficos y literarios, elementos teóricos, sociológicos, filosóficos, estéticos, psicológicos, plásticos (fotográficos, pictóricos, escultóricos o de cómic), por cuanto el autor que mira

---

<sup>29</sup> Marianne Hirsch parece intuir esta forma híbrida de “escritura de la memoria” de lo que denomina la “generación de la postmemoria”; en todo caso, ella se limita a constatar esta circunstancia y no a percibir esa hibridación multigenérica (que incluirá lo histórico, lo literario, lo oral, lo audiovisual, etc...) como un programa imprescindible a través del cual la memoria ha de buscar su salida. Marianne Hirsch, “The Generation of Postmemory”, *Poetics Today*, [vol.] 29, 1 (2008), 105 (103-128).

<sup>30</sup> “Me parece que originalmente la incorporación de la primera persona en los relatos de algunas disciplinas académicas (la etnografía y ciertas corrientes historiográficas) pretendía desafiar la muy asentada falacia cientifista, según la cual no hay mediación ni sesgo entre ciencia y realidad o, si la hay, ciertos procedimientos (epistemológicos y metodológicos) nos permiten neutralizarla. (...) Pero hay algo más (...). Al incorporar la primera persona al relato se produce un desplazamiento de la idea de verdad a la idea de responsabilidad. A pesar de las críticas a esta deriva autorreferencial (...), llegando a calificarla de narcisismo académico cuando no de cosas peores, yo veo en ella la posibilidad de un deslizamiento hacia posiciones éticas y reflexivas.” (Marisa González, *En Primera Persona*, 17)

<sup>31</sup> Aleida Assmann y Linda Shortt, *Memory and Political Change* (Londres, Palgrave, 2011). “La memoria se ha convertido en un tema central en nuestras discusiones sobre los fenómenos de transición, pues esta verdad está relacionada directamente con la memoria de las víctimas, y es el médium de una nueva narrativa compartida del pasado que integra perspectivas antes divididas. En estos casos (...) la memoria forja un nuevo y poderoso nexo entre las atrocidades del pasado y el pacífico futuro (...)” (Marisa González, *En Primera Persona*, 1).

<sup>32</sup> “No. No es el contenido o la información lo que atrae y convoca al oyente sino los efectos del relato.” (Marisa González, *En Primera Persona*, 32).

al pasado no tiene por qué prescindir de las posibilidades inmensas que le da la escritura ni tiene por qué someterse a un discurso siempre igual.

8. La NMT no está reñida con el ejercicio intelectual de otro tipo. Lo mismo un historiador, un periodista, un psicólogo o cualquier otra persona podría intervenir con una obra de NMT, lo que ocurre es que siendo la parte más importante la formal está claro que cualquiera no podrá ofrecer un resultado valioso.
9. Ni siquiera la autoría habría de ser fija sino que es un espacio abierto a la concurrencia de varios autores.

## Relatos e imágenes

Cuando concebí mi libro *La Siega del Olvido*, tomé como punto de partida la idea de que aquel autor que quiera dar cuenta de la complejidad de una memoria traumática no está obligado en modo alguno a someterse a ninguna regla preestablecida que condicione su relato. Desde luego, no ha de someterse necesariamente a los criterios epistemológicos que guían el trabajo del historiador. La historia es una forma peculiar de dar cuenta del pasado, pero también lo son los diferentes géneros literarios. Por qué dejar de lado la poesía, el teatro, la ficción, la fotografía, el arte, la construcción histórica o el ensayo filosófico si podemos valernos de ellos.

El combate decisivo a la hora de “contar la memoria” estará en la forma, pues sigue siendo válido el *dictum* de McLuhan de “el medio es el mensaje”.

Entre el discurso histórico y esta nueva memoria textual se da ante todo una diferencia decisiva. La historia no tiene como fin explícito intervenir en la realidad para cambiarla mientras que la memoria textual aquí propuesta sí. La indagación en la memoria del horror que planteo implica 1) recordar para denunciar unos hechos inadmisibles en nuestra conciencia democrática; en especial, tratándose como se trata en este caso de un genocidio; ahora bien, denunciar no implica incriminar (al menos, no de partida) sino tratar de transformar la forma en la que mirar a los problemas; 2) No se trata solo de que la sociedad “conozca” lo que ha pasado sino de que “perciba físicamente” sus dimensiones, que “sienta” el significado y las implicaciones del dolor que se ha generado o al menos de la naturaleza del dolor que sienten algunas personas a las que ese pasado les afecta y, sobre todo, 3) que entienda que esta cuestión le atañe de forma decisiva puesto que posicionarse de un lado o de otro implica posicionarse también en la balanza democrática.

¿Por qué en España parece no haber problema para percibir el dolor de las víctimas de ETA y sí el dolor de las víctimas del Franquismo? La respuesta es clara: ETA no suscita adhesiones pero el Franquismo sí..., ése será sin duda el tema a tratar y no tanto la lucha denodada por ajustar una explicación de tal o cual movimiento, de tal o cual actor de la guerra.

¿Por qué a la gente (léase aquí “con la inestimable ayuda de unos medios de comunicación que trabajan para dar una idea concreta del pasado, en este caso, de la Transición) le conmueve “masivamente”, por ejemplo, la muerte de Suárez y no le conmueve igual de “masivamente” el dolor de tanta gente que quiere encontrar los restos de sus familiares asesinados? Porque en el fondo (y en la forma) vivimos en un

país, en una nación, en un Estado, que “repetidas veces” ha negado ya la *redención democrática* de la memoria de esas víctimas.<sup>33</sup> Hasta cierto punto, parece que *afirmar la memoria de Suárez es antitético con la afirmación la memoria de los represaliados*. El espectro de los represaliados niega la bondad del pasado fundante español en la Transición, que se basa en un cuento de cuyo argumento se borra a estos asesinados, encarcelados y apaleados y a sus familias. ¿En qué esquema se ha inscrito hasta estos últimos tiempos el despliegue de la historia? En el del relato de la Transición, en el que se proclama que la única redención posible es la que aparece en las páginas de los historiadores.

La nueva memoria textual, en lo que a España se refiere, no acepta ese marco intocable de la Transición y se sitúa en el punto cero de la no asunción de ningún compromiso que deslegitime los derechos de los que han sido víctimas de un genocidio en nuestro país.

Esta NMT aspira a reorganizar los materiales del genocidio y a servirlos en una forma nueva de tal manera que inciten y provoquen al lector, más allá de su filiación política. Asumirla pasa no obstante por abrir un hueco entre el fascismo genocida y su herencia política y el presente.

Los últimos tiempos nos van deparando cada vez más ejemplos de las infinitas posibilidades que van abriéndose a la hora de expresar la memoria de un pasado doloroso de un modo alternativo al relato histórico.

Archiconocido es el cómic *Maus* de Art Spiegelman, en el que el propio autor, que se siente como un hijo de reemplazo (es decir, el hijo que tuvieron sus padres para suplir la ausencia de aquél que perdieron durante el exterminio), interviene y describe la indagación que hace en la memoria de su padre, para obtener respuestas en torno a qué ocurrió en el pasado familiar (el pasado de los judíos europeos), que le ayude a saber de sí mismo y de su propio pasado. Los personajes de la pesquiza de Spiegelman son volubles, a veces poco fiables y contradictorios y, sin embargo, el autor sabe que poseen las únicas claves en las que él puede entenderse (y con él, muchos otros).<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> Dejo de lado la consideración de Enzo Traverso cuando plantea: “Y lo que fue el papel de la memoria de clase, hoy es ocupado por la memoria de las víctimas. Los sujetos no son más las clases que actúan, que empujan el proceso histórico. El sujeto son las víctimas y las víctimas de una manera general no son sujetos, las víctimas sufren. Y muchas veces la noción de víctimas eclipsa también la noción de vencido, de derrotado. Y no son la misma cosa. Esta generalización de las víctimas es muy peligrosa y muchas veces plantea equívocos.” Es verdad que hay un abuso de la palabra “víctimas”... personalmente, en este caso prefiero emplear la de “represaliados”. Sin embargo, creo que es un error pensar que la gente confunde “víctima de la represión franquista” y “derrotado del franquismo”. En mi casa, jamás hemos sufrido síndrome alguno de derrota o de haber sido vencidos... de ser “perdedores”. El trauma de la desaparición, la tortura y la muerte es una cosa y la sensación o la autopercepción de derrota, otra. En mi casa no éramos derrotados puesto que la victoria se cifraba en el futuro, en la *lucha final* de la que hablaba la *Internacional*, en la que a lo sumo habíamos perdido una batalla y para la cual, los estigmas del combate nos fortalecían en nuestras creencias. Puede que la condición de perdedores la asumieramos cuando acabó el tiempo de la esperanza, cuando la izquierda de la Transición abandonó la memoria de sus muertos y torturados o cuando el gobierno del PSOE traicionó las expectativas de los apaleados y éstos empezaron a reclamar la factura de su exagerado gasto para nada. Enzo Traverso, “Entre la historia y la memoria: historiadores exiliados del Siglo XX”, *Aletheia*, [vol.] 1, número 2 (mayo, 2011); y <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-2/historiografia-y-memoria-interpretar-el-siglo-xx> [consulta: 15 de octubre de 2014]

<sup>34</sup> Art Spiegelman, *Maus*, (Madrid: Random House, 2007).



En clave semejante, pero ya referido al ámbito español, estarían *Los surcos del azar* de Paco Roca, un cómic que desarrolla la estrategia de humanizar el relato histórico en el que se apoya. La creación de Roca, que contiene una amplia documentación histórica, que reconoce y agradece de forma explícita en un epílogo, no trata de recorrer un camino alternativo al de la historia sino uno inverso. El autor, construye una enérgica ficción sumamente verosímil que pretende dar a conocer, de un modo vívido y en presente, el destino aciago de muchos republicanos españoles al final de la guerra y sobre todo el de algunos exiliados, después del agónico abandono del país.<sup>35</sup>



© 2013, Paco Roca. Publicado por Astiberri Ediciones

Trata también de humanizar y redimir la carga de memoria inscrita en la historia, convirtiéndola a esta en indagación, a través de una entrevista a un miembro desaparecido misteriosamente, que pertenecía a la 9ª División de Leclerc, compuesta sobre todo por españoles, célebre por haber sido la punta de lanza en la liberación de París en 1944. El autor, en primera persona, acude a una localidad francesa en busca del testimonio de ese anciano otrora combatiente con el que contrasta los contenidos sacados de los libros de historia con los de su personaje, enfrentándoles las dudas, las opiniones, los estados de ánimo y las incursiones de la cotidianidad actual que se van desarrollando en las entrevistas. El resultado es un fresco fascinante destinado no al campo del estudio histórico sino a la reserva de la memoria colectiva que aprehende estos contenidos a través no solo de la cabeza sino de la piel.

<sup>35</sup> Paco Roca, *Los Surcos del Azar* (Bilbao: Astiberri, 2013).  
ISSN 2174-4289





Fuente: imagen cedida por Marisa González, Nelia Burzuk y Federico Randazzo.

Estos trabajos podrán reconocerse con facilidad por incorporar distintos registros (literario, ensayístico, histórico...), distintos materiales (fragmentos de diarios, poemas, entrevistas, piezas teatrales) y distintos recursos (ficción, reconstrucción histórica, historia oral, análisis etnográfico...). Muy especialmente destaca en ellos la voluntad de diálogo entre discursos diferentes y entre el texto y las imágenes.

La inclusión de las fotografías (en particular, la de personas concretas) tiene muchas funciones pero ante todo sirve para fijar la imagen de los protagonistas de los relatos. Ellas dan una imagen al nombre propio, individualiza y humaniza el contenido. La imagen sin nombre, por el contrario, puede entenderse en cuanto que despliega una escena cuyo sentido nos interesa, concitando en sí toda una energía que no precisa de un relato que la sostenga. Por lo general, el arte tiene más que decir en este plano que los recuerdos personales, de ahí su universalidad. Ello puede constatarse en los personajes de *Los fusilamientos del Tres de Mayo* de Goya, en los resistentes y víctimas de bombardeos de Aurelio Arteta o en la *Muerte de un Miliciano* de Robert Capa.



Ángel Piedras, en primer plano, en el bar Círculo Taurino de Valladolid  
Fuente: propiedad de la familia Piedras.

La NMT ha de tratar, en definitiva de ofrecer un camino intermedio entre el arte y el relato, en el que el autor concilie de forma personal elementos a menudo difíciles de combinar que ayuden a expresar, de forma compleja, la complejidad inscrita en la memoria y, por tanto, a ofrecer un mejor acceso a la misma a aquéllos que se acercan a ella desde el exterior. En el ámbito del siniestro pasado de la represión franquista, la combinación de esos elementos podrá tal vez contribuir de forma definitiva a que este país empiece a contarse sus historias terribles de un modo que le ayude tanto a entenderse en ellas como a reconciliarse consigo mismo.

## Finale

En las páginas de este ensayo que ahora termina, no podrá encontrarse algo así como una “explicación científica”. Llevo toda mi vida extramuros de ese concepto; con más razón aquí que hablo sobre memoria.

Habrà, por lo demás, quien se queje de la subjetividad de mi texto, como si tal cosa fuera extraña o indeseable. Quiero decir, en todo caso, que no se trata ya de que sea un artículo subjetivo sino de que es *idiosincrásicamente* subjetivo y ni siquiera me planteo que se pueda validar o invalidar lo que propongo en él, puesto que no se mueve dentro del discurso histórico.

Uno de mis objetivos en este “ensayo” (entendido siempre en el sentido de “intento”, cuyas variables no controlo completamente), al igual que en *La Siega del Olvido*, es el de mostrar – *a través de él mismo* – que si queremos convertir la memoria en texto hemos de indagar en la forma... y hemos de encontrar una forma particular, a medio camino entre la autobiografía, la poesía, la ficción, la teoría, la historia, etc., porque para mostrar la memoria como texto no puede haber una forma fija y predeterminada sino que, como *bricoleur*, cada escritor habrá de trazar un camino autónomo, que tal vez pierda la etiqueta de *ciencia social* (no voy a entrar en los problemas que arrostra la historia como tal “ciencia social” desde el siglo XIX...) pero seguro que ayuda a elucidar de un modo nuevo cuestiones sumamente complejas, que – precisamente – la historia (a menudo, por sus déficits teóricos) no ha sido, hasta la fecha, capaz de resolver.

Por fin, no escribo sobre la memoria de la represión porque sea uno de los temas de mi especialidad ni una de mis expectativas curriculares sino – más bien – porque *necesito solucionar*, desde la perspectiva que me dan mis estudios y mis experiencias, una cuestión acerba y decisiva en *mi* vida, en la de *mi* familia y en la de *mi* país.

## Profile

Pedro Piedras Monroy has a PhD in Geography and History from the University of Santiago de Compostela (Spain). He takes part of the advisory board of *Historiografías, revista de historia y teoría*, and has given classes of contemporary history of India, between 2004 and 2006, and of pedagogy of history, between 2011 and 2012, at the University of Valladolid (Spain). Specialist in philosophy and theory of history, translator and writer, during the last fifteen years he has also been devoted to the studies on the memory of repression in the Spanish Civil War and the Franco era. He has published books such as, *Genealogía de la Historia*, with José Carlos Bermejo Barrera (Madrid, Akal, 1999), *Max Weber y la Crisis de las Ciencias Sociales* (Madrid, Akal, 2004), *Max Weber y la India*, with Pedro Andrés (Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005), *La resistencia de la estética*, with Manuel Sierra (León, Celarayn, 2011), and *La siega del olvido. Memoria y presencia de la represión* (Madrid, Siglo XXI de España editores, 2012). Today he is preparing another book on the politics of memory.

Pedro Piedras Monroy es doctor en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela (España), forma parte del consejo científico de *Historiografías, revista de historia y teoría*, y ha impartido clases de historia contemporánea de la India, entre 2004 y 2006, y de pedagogía de la historia, entre 2011 y 2012, en la Universidad de Valladolid. Especialista en filosofía y teoría de la historia, traductor y escritor, en los últimos quince años se ha dedicado también al estudio de la memoria de la represión durante la Guerra Civil y el franquismo. Ha publicado libros como *Genealogía de la Historia*, con José Carlos Bermejo Barrera (Madrid, Akal, 1999), *Max Weber y la Crisis de las Ciencias Sociales* (Madrid, Akal, 2004), *Max Weber y la India*, con Pedro Andrés (Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005), *La resistencia de la estética*, con Manuel Sierra (León, Celarayn, 2011), y *La siega del olvido. Memoria y presencia de la represión* (Madrid, Siglo XXI de España editores, 2012). En la actualidad, prepara un nuevo libro sobre las políticas de la memoria.

Fecha de recepción: 20 de octubre de 2014.

Fecha de aceptación: 12 de diciembre de 2014.

Fecha de publicación: 31 de diciembre de 2014.

Para citar este artículo: Pedro Piedras Monroy, “Hacia una redescipción textual de la memoria”, *Historiografías*, 8 (julio-diciembre, 2014): pp. 26-58.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/8/piedras.pdf>